

caban fotografías de los heridos y muertos que se hallaban en el hospital.

Aspecto de la población

Pasando de la calle donde ocurrió el sismo a la plaza de la Constitución veíase cómo la multitud invadía las calles. Villarreal en massa contaba en la vía pública las noticias de incidentes que cada vecino conocía por haber presenciado el fuego, o por relato de los que resultaron heridos. De éstos, los de menor importancia, cruzaban a menudo en direcciones opuestas, mostrando en sus cabezas, manos y brazos como lucían vendajes, empapados en fango puro que es el indicio para las heridas por quemadura.

En este grupo detenían al herido interrogándolo ávidamente y repitiendo por esesima vez el mismo relato de la catástrofe.

Durante las primeras horas de la mañana los seis cirios políticos y de rescate, entre ellos el Casino Republicano—colocaron sus banderas en los balcones, a media asta una y todas con crespones negros, siendo de notar que de los miles de vestidos que vimos por las calles, más del 50 por ciento, lo mismo hombres que mujeres, vestían de luto, asegurándose que de propósito visitaron de negro para exterminar el duelo que les invadía.

Frente al Hospital se agrupaba una multitud enorme, pugnando por entrar para ver si sólo los heridos, sino a los muertos que en su mitad todavía no habían sido identificados. La guardia civil de infantería y caballería contenía a la gente, dejando sólo libre el paso a los deudos de las víctimas.

A medida los ayes de dolor, los lamentos, entre los que va envejecido el nombre del hermano, la madre ó el hijo, impregnaron penosamente a los que actuamos de informadores.

En el Hospital

Alas once llegábamos al Hospital. La guardia civil, como antes decímos, impedía la entrada al público.

Nos acercamos á la puerta y al hacer valer nuestra calidad de periodistas, uno de los guardias, sin algún reparo, nos franqueó la entrada.

Atravesamos un pequeño patio y por una espaciosa escalera nos dirigimos á las habitaciones donde estaban los heridos.

Al llegar á una antesala, doña Dolores Agulló, presidenta de la Cruz Roja de Castellón, amablemente nos indicó dónde estaban los

Muertes.

Sin pérdida de tiempo nos dirigimos hacia el sitio que nos indicó, y el espectáculo que se ofreció á nuestra vista no podía ser más horroso: formando larga fila, atados, tendidos boca arriba, había cadáveres quemados que podían ser más horribilizantes.

Completamente carbonizados, su identificación hacía más que imposible.

Algunos cadáveres habían sido horriblemente pitados, teniendo al aire los intestinos, viéndose en muchos de ellos materias fecales.

La cabeza y la cara semejaba una masa informe, costando gran trabajo reconocer qué sexo pertenecían.

Los ojos, boca, nariz y orejas apenas eran perceptibles.

Uno de los cadáveres que á juzgar por una rubia mata de pelo debía ser el de una joven menor de 20 años, completamente desnuado, parecía, más que un ser humano, un leño sacado de una carbonera.

Los brazos rotos, las piernas en dos ó tres pedazos, y junto á este cadáver el de un niño de unos dos años, completamente despedazado, no quedando en él ni miembro que indiscutible que aquella infeliz criaturita había pertenecido á la humana especie: era un gran carbón.

Otro de los cadáveres, el de D. Joaquín Peralta, estaba, como los 60 restantes, boca arriba; tenía los brazos abiertos, crispados los dedos, la boca abierta como demandando auxilio, encorvadas las piernas y, entre éstas, carbonizada, una hijita suya de dos años, que trató de salvar y no pudo, y que, por salvarla, junto á ella, encontró la muerte.

Así, por este estilo, estaban los demás cadáveres.

Con la impresión que este horroso espectáculo dejara en nuestro ánimo, y dispuestos, por deber profesional, a proseguir nuestra dura tarea de informador, abandonamos aquél sitio yendo hacia una sala inmediata, en cuyo interior, formando marabunta exposición, hallábamos cientos y cientos de cadáveres más, hasta el total de 61, cuya aterradora cifra alcanzaban los medios.

Hacía una descripción de cómo y en qué forma se encontraba cada una de las víctimas, sería quizás superior á nuestras fuerzas; rendiríamos que hacer parecidas descripciones á las ya hechas; repetir una y cien veces los mismos cuadros de dolor, las mismas horribilidades, macabras escenas.

Por cada uno de los cadáveres cuya vista ofrecía menos repulsión, había diez, veinticinco, cuarenta, que revolvían el estómago, que dejaban en el ánimo una sensación tan grande, de tan infinita tristeza, de tan honda pesar, que nosotros, acostumbrados á emociones cuyo recuerdo tarda á borrar de la memoria, sólo sentímos deseos de abandonar aquella mansión de la muerte, refugio de la tristeza de un pueblo que llora, transido de dolor, la inmensa, inconmensurable desgracia que sobre sus vecinos pesa.

Tristes escenas.

Allí, expuestos á la vista del pueblo, hallaban los cadáveres.

Hombres y mujeres, anegados en llanto, derramando ante ellos. Hacían imposible, por las causas antes apuntadas, su identificación.

De vez en cuando, un *ay!* desgarrador hacían salir de nuestro sopor y corriamos en busca de la persona ó personas que lo habían lanzado: eran la madre, la esposa, el hijo ó el hermano que habían reconocido, en uno de los cadáveres, al ser amado.

Una pobre mujer, una anciana, desolada, lloa, mirando de uno en uno, todos los cadáveres. No hallaba el de su hijo.

—Ay, hijo mío!—acababa de reconocer á su hijo menor, de 18 años.

—Está usted segura de que es su hijo? —Sí, señor—nos contestó.

Fijese—le dijimos—en que es imposible reconocerlo.

—Sí, sí, es él! Son estos sus calzoncillos! —Y nos enseñaba un pedazo de los que llevaba puesto su infundado hijo.

La escena que siguió á estas palabras es inenarrable.

Aquella mujer se avallanzó sobre el cadáver de su hijo, cuyos intestinos tenían fuera del abdomen, rotos los brazos y la cara, cuerpo y piernas completamente carbonizadas y quemadas.

La gente lloraba y costó no pocos esfuerzos poder separarla del cadáver, al ser amado.

Escenas como éstas presenciamos algunas.

Al final de esta información encontramos entre los lectores los nombres de los muertos (los que ayer hasta la hora de redacción en Valencia, fueron identificados).

Sabíamos á las habilidades del Hospital y en la sala para hombres vivían, custodiando sus respectivas camas, á los heridos siguientes:

José Nebot Petit, de 56 años, grave; Mañú Parra Estévez, de 17; Bautista Vidal Viñal, de 19; Pascual Rubert Broch, de 24; Juan Montoliu Franck, de 28; Pascual Ortells Clauzell, de 28; José Mesequer Devís, de 15; Fran-

cisco Martínez Alcón, de 60, grave; Ángela Devís, de 38, grave; María García Tello, de 17, grave.

Rosa Borillo Ruiz, de 12; Francisco Argón Rocha, de 49; Teresa Soler Aran, de 10; Carmen Gómez Aragón, de 17; Francisco Gil García, de 20; el niño de un año, Juan Montoliu, con extensas quemaduras en la cabeza, cara y todo el cuerpo, fui llevado á brazos á la una de la tarde al hospital.

También recibieron quemaduras graves, y fueron curados en sus casas, Pascual Sancho Broch, el cual prestó grandes auxilios y salvó la vida á varias ranjeras.

También sacó de entre las llamas al herido grave José Nebot Petit, que ocupaba la cama núm. 11 de la sala del hospital.

Una hermana del herido Mezquita Herrero, llamada Amalia y tres hijos de ésta murieron carbonizados.

El valeroso Mezquita Herrero entró y salió varias veces en el cine pasando entre las llamas.

Antonio Manén Vicent, de 19 años, sufrió quemaduras en la cara y en los brazos; Gaspar García Ferrer y su esposa María Gracia Catalá Notari, sufrieron varias quemaduras, Joaquín Gil Nebot, Almela Cabrera fue curado en la farmacia del señor Caudillo, grave; Germán Colomés Rubert; un hijo de la «Gancheta»; Pascual Pitarach (una mujer é hija, parecerían); Vicente Mundina; una mujer conocida por «La Pilona»; José Palacios (este fui uno de los que rompieron la puebla por donde se salvaron muchas personas).

El expresivo Barcelona vino el señor Santacruz a Valencia, saliendo en el correo de Madrid.

El Sr. Gasset regresó á Castellón.

Durante la visita de los Sres. Gasset y Santacruz al Ayuntamiento, el secretario Sr. Sánchez, que asistió á la función del cine, explicaba el trágico suceso del siguiente modo:

—Hallábamos de pie en las últimas filas de preferencia cuando se declaró el incendio; procuré calmar los ánimos recomendando tranquilidad, pero no pude hacerme oír.

Viendo inminente el peligro me lancé hacia la puerta, que se hallaba obstruida por un montón de carne humana. Todos forcejeaban por abrirse paso, rodando por tierra y siendo pisoteados los más débiles.

Otro de los heridos más graves, Antonio Personat Alcalá, de 38 años, guarda agua en la estación de Villarreal, ocupaba la cama núm. 5. Junto á este herido permaneció largo rato, en unión del médico señor Rocafort Chavarria, quien nos anunció que la gravedad de Alcalá era extremadísima.

Tres veces lo intentó sondearlo para que orine—decían el facultativo—sin conseguirlo.

Este moriría seguramente á la tarde,

Yo procuré, con otros, destruir la puericia, y gracias á ello me salvado.

Pero mire—continuó—sufro quemaduras graves, me duele todo el cuerpo y no puedo estar acostado en la cama. (Ocupaba la num. 6 de la sala del Hospital).

—

Otro de los heridos más graves, Antonio Personat Alcalá, de 38 años, guarda agua en la estación de Villarreal, ocupaba la cama núm. 5. Junto á este herido permaneció largo rato, en unión del médico señor Rocafort Chavarria, quien nos anunció que la gravedad de Alcalá era extremadísima.

Tres veces lo intentó sondearlo para que orine—decían el facultativo—sin conseguirlo.

Este moriría seguramente á la tarde,

Yo procuré, con otros, destruir la puericia, y gracias á ello me salvado.

Pero mire—continuó—sufro quemaduras graves, me duele todo el cuerpo y no puedo estar acostado en la cama. (Ocupaba la num. 6 de la sala del Hospital).

—

Otro de los heridos más graves, Antonio Personat Alcalá, de 38 años, guarda agua en la estación de Villarreal, ocupaba la cama núm. 5. Junto á este herido permaneció largo rato, en unión del médico señor Rocafort Chavarria, quien nos anunció que la gravedad de Alcalá era extremadísima.

Tres veces lo intentó sondearlo para que orine—decían el facultativo—sin conseguirlo.

Este moriría seguramente á la tarde,

Yo procuré, con otros, destruir la puericia, y gracias á ello me salvado.

Pero mire—continuó—sufro quemaduras graves, me duele todo el cuerpo y no puedo estar acostado en la cama. (Ocupaba la num. 6 de la sala del Hospital).

—

Otro de los heridos más graves, Antonio Personat Alcalá, de 38 años, guarda agua en la estación de Villarreal, ocupaba la cama núm. 5. Junto á este herido permaneció largo rato, en unión del médico señor Rocafort Chavarria, quien nos anunció que la gravedad de Alcalá era extremadísima.

Tres veces lo intentó sondearlo para que orine—decían el facultativo—sin conseguirlo.

Este moriría seguramente á la tarde,

Yo procuré, con otros, destruir la puericia, y gracias á ello me salvado.

Pero mire—continuó—sufro quemaduras graves, me duele todo el cuerpo y no puedo estar acostado en la cama. (Ocupaba la num. 6 de la sala del Hospital).

—

Otro de los heridos más graves, Antonio Personat Alcalá, de 38 años, guarda agua en la estación de Villarreal, ocupaba la cama núm. 5. Junto á este herido permaneció largo rato, en unión del médico señor Rocafort Chavarria, quien nos anunció que la gravedad de Alcalá era extremadísima.

Tres veces lo intentó sondearlo para que orine—decían el facultativo—sin conseguirlo.

Este moriría seguramente á la tarde,

Yo procuré, con otros, destruir la puericia, y gracias á ello me salvado.

Pero mire—continuó—sufro quemaduras graves, me duele todo el cuerpo y no puedo estar acostado en la cama. (Ocupaba la num. 6 de la sala del Hospital).

—

Otro de los heridos más graves, Antonio Personat Alcalá, de 38 años, guarda agua en la estación de Villarreal, ocupaba la cama núm. 5. Junto á este herido permaneció largo rato, en unión del médico señor Rocafort Chavarria, quien nos anunció que la gravedad de Alcalá era extremadísima.

Tres veces lo intentó sondearlo para que orine—decían el facultativo—sin conseguirlo.

Este moriría seguramente á la tarde,

Yo procuré, con otros, destruir la puericia, y gracias á ello me salvado.

Pero mire—continuó—sufro quemaduras graves, me duele todo el cuerpo y no puedo estar acostado en la cama. (Ocupaba la num. 6 de la sala del Hospital).

—

Otro de los heridos más graves, Antonio Personat Alcalá, de 38 años, guarda agua en la estación de Villarreal, ocupaba la cama núm. 5. Junto á este herido permaneció largo rato, en unión del médico señor Rocafort Chavarria, quien nos anunció que la gravedad de Alcalá era extremadísima.

Tres veces lo intentó sondearlo para que orine—decían el facultativo—sin conseguirlo.

Este moriría seguramente á la tarde,

Yo procuré, con otros, destruir la puericia, y gracias á ello me salvado.

Pero mire—continuó—sufro quemaduras graves, me duele todo el cuerpo y no puedo estar acostado en la cama. (Ocupaba la num. 6 de la sala del Hospital).

—

Otro de los heridos más graves, Antonio Personat Alcalá, de 38 años, guarda agua en la estación de Villarreal, ocupaba la cama núm. 5. Junto á este herido permaneció largo rato, en unión del médico señor Rocafort Chavarria, quien nos anunció que la gravedad de Alcalá era extremadísima.

Tres veces lo intentó sondearlo para que orine—decían el facultativo—sin conseguirlo.

Este moriría seguramente á la tarde,

Yo procuré, con otros, destruir la puericia, y gracias á ello me salvado.

Pero mire—continuó—sufro quemaduras graves, me duele todo el cuerpo y no puedo estar acostado en la cama. (Ocupaba la num. 6 de la sala del Hospital).

—

Otro de los heridos más graves, Antonio Personat Alcalá, de 38 años, guarda agua en la estación de Villarreal, ocupaba la cama núm. 5. Junto á este herido permaneció largo rato, en unión del médico señor Rocafort Chavarria, quien nos anunció que la gravedad de Alcalá era extremadísima.

Tres veces lo intentó sondearlo para que orine—decían el facultativo—sin conseguirlo.

Este moriría seguramente á la tarde,

Yo procuré, con otros, destruir la puericia, y gracias á ello me salvado.

Pero mire—continuó—sufro quemaduras graves, me duele todo el cuerpo y no puedo estar acostado en la cama

